



San Pablo: el espíritu de la ética

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DEL ESTADO DE MÉXICO

El espíritu encendido de San Pablo ha permanecido en la historia sólo como el gran misionero del mensaje de Cristo. Sin embargo, la profundidad de su escritura ha sido elogiada por filósofos y pensadores a través de los siglos, más allá de la religión, como producida por un notabilísimo escritor.

¿Qué significado tiene este místico con los derechos humanos y qué proyección en nuestra realidad?

San Pablo nos habla en esta entrevista de la fraternidad universal, como uno de los pilares esenciales para desarrollar la conciencia humanitaria en el mundo.

80

La caridad, vista no como una manera de exculparse del compromiso social, sino como la práctica de una virtud donde existe plenamente un intercambio de valores.

La existencia espiritual, como un “deber ser” del individuo para alcanzar un mayor nivel de sensibilidad y de comprensión del semejante. Aborda el abandono a la voluntad divina, por sobre la voluntad del yo externo que sólo nos separa de la unidad

San Pablo (Tarso, Cilicia, 5-15 y Roma entre 62-67)

Apóstol de Jesús cuyo nombre judío era Saulo. Una visión de Cristo en el camino de Damasco lo convirtió en apóstol de los gentiles, es decir de los que no eran judíos. Su actividad misionera se articuló en torno a tres grandes viajes durante los cuales visitó Chipre, Asia Menor, Macedonia y Grecia, donde estableció iglesias en las ciudades importantes. En 58 detenido a instigación de las autoridades judías, fue conducido como ciudadano romano, ante el tribunal del emperador y enviado a Roma, donde pasó dos años en libertad vigilada. Las cartas que San Pablo escribió a las comunidades que había fundado ofrecen un compendio de su personalidad y su pensamiento. La tradición ha conservado catorce epístolas suyas.

Desde un punto de vista literario San Pablo es un escritor formidable: conocedor de la lengua, hábil en el manejo de las gradaciones, sorprendente en sus juegos de contraste y antítesis, psicólogo profundo que sabe utilizar siempre la frase que ha de clavarse en el corazón y en la mente de su auditorio. San Pablo es uno de los grandes escritores de la literatura de todos los tiempos.

Señor Saúl de Tarso, usted nunca imaginó el Imperio Religioso en que se iba a convertir la Iglesia Católica, desde su perspectiva ¿cómo la ve hoy en día?

La observo en un intento por adecuarse al catolicismo del siglo XXI, haciendo que disminuyan el odio y la persecución; pero queda aún por comprobar si los hombres que rigen y gobiernan este mundo actual admiten los decretos que rocen su poder o dañen sus intereses. Porque son muchos los que no aceptan la fraternidad universal y la exclusión de toda discriminación, donde la Iglesia reprueba como ajena al espíritu de Cristo cualquier discriminación o vejación realizada por motivos de raza o color, de condición o religión. Impuso también la acción caritativa como distintivo del apostolado cristiano, que debe entenderse también como justicia social. Cuando se hagan valer los derechos humanos, ningún hombre tendrá que ser humillado por aquellos que ejercen la caridad para verse reconfortados de sus pecados. La caridad es humillante para quienes la reciben.

Creo que el término de la palabra caridad nunca ha sido interpretado como yo lo escribí en mi Primera Epístola a los Corintios, siento que es un error imponer la caridad sólo como un distintivo del apostolado cristiano.

82 *Por otra parte, hablar de la eficacia, sólo se puede hacer desde una perspectiva histórica, como es el caso, porque la Historia es el reino de la libertad y de los equívocos, pero cuando se sedimenta habrá vuelto los ojos de los cristianos hacia la sencillez. La Iglesia a través de los siglos y de los hombres se había complicado hasta no parecerse en nada a Jesucristo. Yo creo que la Humanidad, la joven humanidad es ahora más espiritual y ya no necesita de ninguna presión externa para ir hacia el bien.*

Roma a través de estos milenios de historia- en la que muchas veces ha tenido la desgracia de tener que hacer de protagonista- tuvo que enfrentarse con circunstancias muy dispares y sufrir los bandazos de los acontecimientos políticos y militares del mundo. Lo ha hecho con mayor o menor fortuna y con más o menos tino según el Pontífice y los cardenales de turno.

Una cosa hay, empero que reconocerle, y es su intención de perennidad que le ha llevado a ir con pies de plomo en las cuestiones dogmáticas, lo que ha hecho que se hablase de un retraso de la Iglesia; de que Roma no llevaba nunca prisa. En este tiempo -sin precedentes en la historia- las circunstancias han cambiado en el sentido de una aceleración brusca del proceso evolutivo de la humanidad, debido, es verdad, a progresos en el orden material, pero acompañados también de una renovación intelectual y moral. Roma no podía proceder con su habitual lentitud, so pena de quedar rezagada en su misión. Aceptar a Einstein con tres siglos de retraso, como se hizo con Galileo, hubiera sido un suicidio.

De ahí los cambios actuales, fruto de la visión clara y el espíritu profundamente cristiano. Naturalmente algunos timoratos, los conservadores a ultranza, los encasquillados en la letra de la tradición, se han rasgado las vestiduras ante ciertas renovaciones, algunos de buena fe y otros aterrados al ver cómo sus prerrogativas iban menguando. No importa, esto ha sucedido en todo progreso, en todo salto adelante. Lo más arduo aún está por hacerse y corre prisa hacerlo.

Su visión es demasiado positiva, para lograr más cambios humanitarios en un mundo extremista en cuanto a los recursos materiales ¿hay que creer más en Dios o más en los hombres?

Son indisolubles. La existencia de Dios se impone al hombre como indefectible correlato de la estructura de su propia existencia. El hombre no vive su vida como hace el animal, encerrado en la burbuja de su medio circundante, desplegándola según la planificación a que se halla conformada su naturaleza. En el animal la vida es mandato, estructura cerrada que se desarrolla pasivamente. Es, por lo tanto, un discurrir biológico, melodía preescrita, de uniformidad, previsibilidad y regularidad.

Por el contrario, el hombre es una estructura abierta, frente al diverso estímulo de un mundo sin limitaciones, no tiene una respuesta única y estereotipada como el animal, sino que ante un repertorio de posibilidades su reacción es imprevisible.

El hombre, no es, por lo tanto, un ser cerrado; su vida se despliega en la originalidad, sin previa planificación, para realizarse en lo único, singular, inédito e irrepetible, es una personal decisión bajo el signo de su libertad.

En el hombre la vida, no es, sino que va siendo; es devenir, que el propio hombre edifica de acuerdo con el proyecto o programa que él mismo libremente elige. Entre todos los caminos posibles, el hombre, homo viator, hombre en camino, elige uno solo. Todas las restantes posibilidades quedan, con ello, canceladas, al perderse, en la fantasía de lo que pudo ser pero no será jamás.

El ser humano tiene continuidad, que es persistencia en su forma y establecimiento de la mismidad. Este despliegue en la continuidad se realiza en su estrato más elevado, en el espíritu, que lo califica como persona, protagonista del acontecer histórico de aquel hombre concreto, con un pasado que, al vincularse con el legado de la tradición, lo hace partir de un terreno firme.

Independientemente de su condición espiritual, el hombre tiene su estrato biológico. Es también naturaleza, que lo califica como sujeto o individuo. En virtud de su bipolaridad estructural, el hombre puede, al mismo tiempo, ser actor y espectador de sus actos. En su libre decisión adapta su conducta a un sistema de valores jerarquizados.

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DEL ESTADO DE MÉXICO

Ahora bien, si se somete al módulo de un sistema de valores espirituales, es que éstos tienen una preexistencia, intemporal y sin espacio. Lo cual a su vez exige, para ser posible, la realidad de un fundamento suprapersonal que los imponga a nuestra conciencia. Este fundamento radical es Dios. Si se suprime a Dios, la firme base que lo sustenta, desaparece; el hombre, apoyándose entonces en la nada queda amputado de toda vinculación y totalmente librado a sí mismo.

No tiene justificación para sus actos, y puede obrar en arbitrariedad, sin excusa, absolutamente desligado de todo. El hombre como naturaleza universal e inmutable no existe; y si intentamos su definición, no hallaremos en él nada en qué apoyarla, no tiene ningún punto de referencia.

Éste es el abandono del ser humano; nada existe en él que pueda servir de base para pensarlo y para regular su conducta. El hombre, en el desamparo de la más absoluta soledad ontológica, no halla asidero para meditar sobre su condición. Por propia cuenta y riesgo tiene, por lo tanto, que inventarse, primero a sí mismo, y luego a la Humanidad.

Adquiere, con la absoluta desvinculación, una libertad que es libertad irracional. Sin meta ni camino, libertad gratuita, como el movimiento de una rueda, que, sin chaveta, gira locamente sobre su eje. Es una libertad sin punto de apoyo, sin jerarquía de valores para la elección; aberración de la libertad que hace imposible el heroísmo, esteriliza la esperanza, anula los sueños y castra la vida de todo sentido.

Desesperado y desorientado, el hombre se debate en un océano opaco, tenebroso, su navegación es un naufragio, y su movimiento, un andar a ciegas hacia ninguna parte. Como todo lo que sucede hoy y que usted cuestiona.

Ésta no puede ser la verdadera libertad. Toda libertad implica sujeción, referencia a algo. Es un salto hacia donde la voluntad apunta; pero ello requiere la estabilidad, una base, indispensable para lanzarse con precisión. Para que un miembro del cuerpo pueda ejercer su movimiento obedeciendo a la voluntad, conviene que no quede totalmente desligado, necesita un plano firme, para apoyar dicho movimiento intencional, y una sujeción para hacer posible en todo momento su control.

Hay una rigidez, que es la de la anquilosis, que coarta el movimiento y la libertad. Pero si tratamos de alcanzar la liberación a través de la supresión de todo vínculo, no obtendremos una extremidad libre, sino un miembro desligado, bailante, de marioneta, que se mueve sin dirección ni control, en una loca agitación sin finalidad y sin eficacia.

La perfectibilidad, que es camino y guía de nuestros actos, no puede existir sin la aceptación y el sentimiento de una perfección que, como tal, ha de rebasar el nivel de lo humano, carencial y deficiente, para situarse en el plano de la trascendencia superior.

En la religiosidad del espíritu, el hombre halla terreno propicio para el despliegue de su credo. El hombre no tiene la creencia, es ésta la que le tiene a él y la que conforta sus actos y rige su conducta. La presencia de Dios, entronizado por la fe, infunde confianza. Sintiéndole próximo a nuestro corazón, es compañía en nuestro deambular por las rutas de la vida, hacia el cumplimiento de su sentido, iluminando nuestro esfuerzo con la esperanza.

Esta religiosidad del espíritu humano se trasluce, incluso cuando se la quiere asfixiar. En su furor ideológico, cuando el hombre ha querido derribar a Dios, ha dejado siempre el pedestal sobre el que estaba. La visión del altar vacío desazona al hombre, en cuyo espíritu persiste el reconocimiento y la supeditación de lo trascendente. Y para calmar ese vacío, han surgido sustitutos de Dios, pobres sucedáneos encargados de reemplazarle para ser objetos de veneración.

Y es que la ideología revierte siempre en un movimiento de sustitución. Cuando el hombre individual y colectivamente repudia una creencia rápidamente la sustituye por un mito. Cuántos miles de mitos ustedes han creado en esta época huyendo de la única verdad. Pobre y triste reemplazo. Al mixtificar la verdad, se la mixtifica y se la deforma, es decir se la suprime como verdad y se la suplanta. La verdad mixtificada tiene un nombre, que es el de la mentira. Es la Gran Mentira, ya que quiere consagrarse como verdad y se apresta a ocupar su pedestal para ser objeto de adoración e idolatría.

Cuando el hombre cree que suprime a Dios, lo que hace es suplantarla por un Dios sustitutivo, dios en minúscula, sucedáneo que pretende con su suplencia acallar y ocultar la religiosidad que impregna el espíritu del hombre. Así hemos visto la entronización sucesiva de la Ciencia, la Razón, la Libertad, el Progreso, la Humanidad, la Democracia, el Proletariado, etc. En desoladora inflación grandilocuente.

En esta actitud del hombre, al suprimir el único valor de la verdad y reemplazarlo por lo falso que a nadie engaña, vemos la expresión de un sentido religioso cuyo grito es ahogado. Si antes resplandecía por su presencia, en el íntimo acatamiento de un Ser sobrenatural, ahora con su ausencia se adivina en un fulgor que clama y proclama la única Presencia. Espero haber contestado su terrible pregunta.

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DEL ESTADO DE MÉXICO

Usted tuvo tres nacionalidades y predicó en distintos lugares, ahora vivimos una época de grandes migraciones y exilios en el mundo, esto se da por diversos motivos: por buscar mejoras laborales, por expresar opiniones, por practicar su religión libremente, o tan sólo, por pertenecer a un partido político, una comunidad religiosa o un grupo étnico ¿Cuál es su visión al respecto?

Lo difícil no tan sólo es sobrevivir a una determinada causa que empuja al desterrado a salir de su tierra, sino que van a parar a un campo de refugiados del país al que emigran. A éstos se suman los refugiados que huyen de la miseria económica a un mundo supuestamente mejor, como usted lo señaló, para poder vivir allí, aunque no siempre bajo condiciones dignas.

Esto también se refiere a los refugiados que huyen de sus propios países, de las zonas rurales a los tugurios de las grandes ciudades para participar de las promesas del progreso.

Naturalmente, todo esto es duro, e incluso letal para los afectados, pues son lanzados fuera de su cultura original a un medio al cual, por razones lingüísticas, culturales, religiosas, o debido al rechazo de la población autóctona no logran integrarse, o si lo hacen es con muchas dificultades. El dilema es que hoy en día ese destino lo comparten con la mayoría de la población mundial: viven en la basura y en la miseria. ¿Cómo crear un ética de la convivencia, si no hay tolerancia? ¿Qué valores hay que rescatar?

86

Hasta donde tengo conocimiento, los genes humanos no han sufrido deterioro, por lo menos hasta este momento. Pero sabemos que ‘las culturas’, las sociedades, ‘son mortales’. Se trata de una muerte que no es ni general, ni necesariamente instantánea: la relación con una nueva vida, de la cual puede ser la condición; es un enigma siempre singular.

Intentaremos comprender lo que en este mundo histórico social muere, cómo muere y, de ser posible, por qué. También encontrar aquello que puede estar a punto de nacer. Eso es lo importante.

Es necesario tomar el término ética en una acepción que muestre los valores del individuo como práctica, el valor en el sentido más general del término, la paideia de los griegos. Como su nombre lo indica, la paideia contiene los procedimientos a través de los cuales el ser humano, en el curso de su formación social, es conducido a reconocer y a expresar los valores de la sociedad.

Y nadie puede decir lo que serán los valores de una nueva sociedad donde una hibridez ética tiene que ponerse en práctica. Pero ustedes deben contemplar con la sobriedad de los sentidos, lo que es perseguir las ilusiones, decir fuertemente

lo que quieren, salir de los círculos viciosos de fabricación y difusión de tranquilizantes.

Pienso en una ruptura con la servidumbre al pasado en tanto pasado, ruptura con las ineptitudes de la tabla rasa del achatamiento de la conciencia, ruptura con la mitología del desarrollo, las ilusiones de la acumulación adquisitiva.

De la misma manera en que tienen que reconocer en los individuos, los grupos, las etnias, su verdadera convivencia, y organizar a partir de ese reconocimiento una verdadera coexistencia; de la misma manera, el pasado de la sociedad y de las otras nos invita a reconocerlo, en la medida incierta e imagotable, en que pueden conocerlo como algo diferente a un modelo o a un contraste.

Esa elección es indisoluble de aquella que nos hace desear una sociedad autónoma y justa, en la que los individuos autónomos, libres e iguales, viven en el reconocimiento recíproco. Reconocimiento que no es solamente una simple operación mental, sino también, y sobre todo, afecto.

Y aquí renuevan el lazo con la tradición: ‘parece que las ciudades se mantienen unidas por la philia, y que los legisladores se ocupen más de la justicia... A los philioi, la justicia no les es necesaria pero los justos necesitan de la philia y la justicia más alta participa de la philia...los philiae de los que hemos hablado (sc. Los verdaderos) están en la igualdad... En la medida en la que haya comunión-comunidad, en la misma medida habrá philia, y también, justicia. Y el proverbio todo es común para los philioi es correcto, porque la philia está en comunión-comunidad’. (Ética a Nicómaco, VIII,1,7,9).

La philia de Aristóteles no es la ‘amistad’ de los traductores y de los moralistas. Ella es el género del cual la amistad, el amor, el afecto paternal o filial, etc. Son las especies. La philia es el lazo que une el afecto y la valoración recíprocos. Y su forma suprema sólo puede existir en la igualdad, la cual en la sociedad política implica la libertad, que ustedes deben llamar autonomía. Y lo siento, no puedo agregar más al respecto.

Parece una obviedad que yo le pregunte esto, pero que muchos quisieran saber ¿cree que hay en nosotros algo que sobrevive a la muerte corporal?

El hombre desde el principio de los tiempos, siente profundamente en su corazón el ansia de permanecer. Frente a la fluidez y lo transitorio de las cosas anhela la eternidad. A ella aspira por la persistencia del espíritu en el más allá.

En la condición inmaterial del espíritu vemos asegurada su pervivencia. El hombre no puede aceptar la muerte como una terminación, sino como un paso inevitable, que representa una apertura a la trascendencia.

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DEL ESTADO DE MÉXICO

En la continuidad de la conciencia del yo, se instala la mismidad. A pesar de que en el transcurso del tiempo, el yo descansa sobre sustratos corporales distintos, su continuidad se mantiene sin alteración. Precisamente porque no se altera, o sea, porque no se hace alter, otro, sigue siendo el mismo.

El sustrato material del cuerpo tiene fugacidad, no es permanente. Las moléculas que lo constituyen se van renovando de modo incesante, en un ininterrumpido metabolismo. En este momento no hay en su cuerpo ni una sola de las partículas elementales que lo constituyan hace unos años. A pesar de lo cual usted siente que es el mismo, se siente plenamente responsable de los actos que entonces realizó, me imagino.

Cuando se condena a un delincuente, a veces, ha transcurrido un largo plazo suficiente para asegurar, en apariencia, que en su cuerpo no hay una sola partícula de las que lo integraban cuando cometió el delito. El castigo, por lo tanto, recae sobre un cuerpo que no tiene, del que existía al cometer el delito, ni un solo elemento material. Y sin embargo, a nadie se le ocurre dudar de que la persona sea la misma.

El hijo que experimenta los diversos yos que se van sucediendo en una continuidad temporal, es el espíritu. A pesar de la variabilidad del sustrato material, que llega hasta la completa desaparición del mismo, reemplazado, de modo lento y progresivo, pero total, la pervivencia del espíritu mantiene la mismidad inalterada. De este modo, la persona va escribiendo en la realización de su proyecto vital, su propia historia, singular, e irrepetible.

Hay algo de la persona, de donde emana la decisión, que le hace sentir que es suya la libre decisión, por la cual debe responder, o sea, de la que es responsable, y esta responsabilidad de su acción la siente siempre.

Si el espíritu pervive inalterado por sobre las vicisitudes del cuerpo material, y a pesar de la desaparición total de un sustrato, persiste en el otro que lentamente le sustituye, es lógico admitir que irá persistiendo cuando la desaparición definitiva del sustrato material haya cancelado su transitoriedad. Sólo en la pervivencia de nuestro espíritu puede hallar cumplimiento nuestro anhelo de eternidad.

En su condición puramente espiritual, en tanto que no encarnado, el espíritu vive en un mundo trascendente, sin ventanas abiertas a nuestro mundo material, y por lo tanto, imposibilitado de manifestar su pervivencia por señales susceptibles de aprehensión sensorial. Su condición de espíritu no le permite lanzar el mensaje de una expresión materializada, que es la única que puede ser captada por nuestros sentidos. Únicamente a través del cuerpo en el que se había encarnado puede transmitir las señales que establecen la comunicación con otros hombres.

¿Es un anhelo de eternidad que se trae desde antes de nacer?

Sí, viene representado por su afán de creación que se revela en la auténtica realización. El hombre consciente de sus limitaciones no quiere a su partida del mundo dejar el vacío, la nulidad de su recuerdo. Ante lo transitorio de las cosas, siente el ansia de permanecer, de detener su fluir para fijarla en lo perenne. Venciendo la destrucción, que significa anulación, el hombre quiere alcanzar, a través de la consumación, la pervivencia del espíritu.

Para ello se esfuerza en dejar tras su desaparición material de este mundo, impresas en él, las huellas de su paso. Quiere estampar su vivir en una materia que tenga asegurada una más larga perduración. Y para ello la transforma, inyectándole su idea, enriqueciéndola con altos valores, vitalizándola con su espíritu. De este modo, la materia abandona su condición de naturaleza para instalarse en el mundo de la cultura. Es una materia en la que resplandecen una idea o una emoción, que a modo de estela el hombre deja para que hablen de su paso por el mundo. No es una creación que esté reservada a Dios, sino creación en sentido humano, que significa penetración de la materia, con la idea, para que con ello quede aquella configurada en una nueva disposición. En esta materia ahora vitalizada, fulguran unos valores que manifiestan el espíritu de aquél que los creó. Al dejar impresas su huella en estos valores de creación, el hombre, aunque no asegure su definitivo ingreso en la eternidad, quiere prolongar su pervivencia por el recuerdo, cuando a su presencia corporal, congelada por la muerte, desaparezca en el olvido.

Con las razones del corazón, cuando éste ha sentido el amor, se tiene también el pálpito de la inmortalidad. El hombre adquiere la certeza de que, tras la fugaz transitoriedad de esta vida terrena, ha de quedar la estela perdurable y resplandeciente de aquel sentimiento que ha sido invariable y constante gloria de su existencia. Es en los momentos de plenitud vital cuando más vivamente se siente la pervivencia en la eternidad, de la íntima vibración de nuestro espíritu. No puede el hombre creer que nada quede, después de su paso por el mundo, del amor y del dolor por quien llenó su vida. Vive en la certeza de que su nombre ha de ser canción o epístola que vibre en la eternidad, y su recuerdo, relámpago de fulgor inextinguible.

Textos de San Pablo

El Cántico de la Caridad

Y todavía os mostraré un camino más excelente.

Aun cuando yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviere caridad, vengo a ser como un metal que suena o un címbalo que retiene.

Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe, de manera que trasladase los montes, no teniendo caridad, no soy nada.

Y si distribuyo todos mis bienes para sustento de los pobres, y entrego mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, no me sirve de nada.

La caridad es sufrida, es bienhechora; la caridad no tiene envidia, no es ostentosa, no se ensorbece.

No hace nada ignominioso, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal.

No se huelga de la justicia, complácese sí en la verdad.

A todo se acomoda, lo cree todo, todo lo espera y lo soporta todo. La caridad nunca fenece; las profecías acabarán, cesarán las lenguas y se acabará la ciencia.

Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, imperfecta la profecía. Cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, jugaba como niño. Pero cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño.

Al presente vemos como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo conozco ahora imperfectamente; mas entonces conoceré a la manera que soy yo conocido. Ahora permanecen estas tres virtudes; la fe, la esperanza y la caridad; pero, la caridad es la más excelente de todas.

San Pablo
(Primera Epístola a los Corintios)

La vida cristiana: el amor

Que el amor sea sincero.

Aborrezcan el mal y cuiden todo lo bueno.

En el amor entre hermanos demuéstrese cariño unos a otros.

En el respeto estimen a los otros como más dignos.

En el cumplimiento del deber no sean flojos.

En el Espíritu sean fervorosos, y sirvan al Señor.

*Tengan esperanza y sean alegres.
En las pruebas sean pacientes.
Oren todo el tiempo.
Compartan las necesidades de los otros cristianos.
Con los que estén de paso sean solícitos para recibirlas en su casa.
Bendigan a quienes los persigan, bendigan y no maldigan.
Alégrense con los que están alegres, lloren con los que lloran.
Vivan en armonía unos con otros.
No busquen las grandezas, sino vayan a lo humilde.
No se tomen por unos sabios.
No devuelvan a nadie mal por mal.
Procuren ganarse el aprecio de todos los hombres.
Hagan todo lo posible, en cuanto a ustedes dependa, para vivir en paz con todos.
No se hagan justicia por ustedes mismos, queridos hermanos, dejen que Dios sea el que castigue; ya la Escritura lo dice. Yo castigaré, yo daré lo que corresponde, dice el Señor. Y añade: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber, haciendo eso amontonarás brasas sobre su cabeza. No te dejes vencer por lo malo, más bien vence al mal con la fuerza del bien.*

*San Pablo
(Epístola a los Romanos)*